

Incorporación como Académico Honorario del Académico Asociado Vitalicio Dr. Saúl Peña Kolenkautsky

Presentación del AAV Dr. Saúl Peña Kolenkautsky, por el AH Dr. Alberto Perales Cabrera.

AH Dr. Alberto Perales Cabrera

Sr Presidente, Dr. Nelson Raúl Morales Soto, distinguidos miembros de la Mesa de Honor, señores y señoras académicos, Dr. Saúl Peña Kolenkautsky, esposa y familiares, Respetables autoridades, señoras y señores.

Ser elegido para presentar ante la Academia Nacional de Medicina, en calidad de Académico Honorario, a un ilustre profesional como el Dr. Saúl Peña Kolenkautsky, es un honor. Pero tratándose de quien, a la vez, es un dilecto amigo y compañero de inquietudes académicas y profesionales, torna tan honrada tarea en un verdadero placer que agradezco.

El estudio del genoma permite comprender la base biológica del *Homo Sapiens*. Pero, para comprender al Hombre, se requiere, además, analizar sus entornos psicológico, social, moral y espiritual que configuraron el proceso de su segundo nacimiento, el de su humanización, que llamamos personalidad.

El Dr. Saúl Peña, es plenamente conocido como destacado psicoanalista peruano. Su C.V. muestra

una trayectoria profesional plagada de éxitos, aportes, merecimientos y premios que, por sí solos, justificarían ampliamente su incorporación como Académico Honorario de nuestra institución.

Sin embargo, de apoyarme sólo en estos datos para realizar esta presentación, perderíamos la oportunidad de conocer su mismidad como persona, de saber realmente quién es, y comprender de dónde viene su vitalidad, amor por la vida, capacidad de trabajo y de liderazgo como para haber re-introducido, con tanto éxito, la práctica psicoanalítica en el Perú. Como se sabe, la introducción de esta escuela psicoterapéutica correspondió, en décadas pasadas, a insignes psiquiatras peruanos, Honorio Delgado, Carlos Alberto Segúin y otros.

Por ello, señor presidente, me propongo develar algunos aspectos de la personalidad del Dr. Peña, (por supuesto con su consentimiento informado) con el propósito de permitir un mejor conocimiento de su dimensión humana, y valorar por qué “es como es”, y por qué se constituye en modelo a seguir para las próximas generaciones de psicoanalistas.

Desde los albores de la humanidad, señala Aristóteles, la búsqueda de la felicidad constituye nuestro logos; es decir, nuestra finalidad última. Sólo recientemente, en pleno s. XXI, Sam Harris ha ampliado este concepto postulando que el logos de los seres humanos depende de un único valor supremo, “minimizar el sufrimiento y maximizar la felicidad”.

El Dr. Peña tiene el mérito de haber traducido esta afirmación en un principio de acción de su trabajo psicoanalítico. Y lo entiendo, porque el objetivo del psicoanálisis terapéutico no es específicamente curar hombres enfermos, sino guiarlos y apoyarlos en la búsqueda de lo que consideren su felicidad personal; aprendiendo, así, en su devenir psicoanalítico, que el sufrimiento no necesariamente es un padecer negativo, sino, también, oportunidad de crecimiento espiritual y maduración psicológica.

Personificando este saber en sí mismo, caracteriza al Dr. Peña, transmitir confianza, bienestar y buen humor a quien se le acerque. La pregunta es ¿De dónde deriva este rasgo de su personalidad?

La teoría freudiana plantea que la capacidad amorosa de un ser humano deriva del amor maternal que recibió en sus primeros años. El Dr. Peña es prueba paradigmática de esta hipótesis. Según nos ha informado, fue lactado amorosamente por su madre hasta los dos años, y aún mantiene escenas de amor primario en su neo-cortex como recuerdos vívidos de felicidad plena.

Recordemos que, tal como señala la Organización Mundial de la Salud, la leche materna fomenta el desarrollo sensorial y cognitivo y protege al niño de enfermedades. En otras palabras, preserva su potencial de felicidad.

Sin embargo, a juzgar por la historia de amor que unió a sus progenitores, tan idílico vínculo de su relación madre-hijo no fue producto del azar.

Allá por los inicios de la década de los 30, los dioses del Olimpo, jugando con las variables tiempo y espacio, decidieron unir los destinos de dos seres de muy alejado origen, el uno de la otra.

El padre, jaujino y “rajatabla”, ya graduado en Derecho, decide explorar plazas para ejercer su profesión. Viaja a la ciudad de Jauja con tal propósito. Mientras ello ocurre, una bella damisela, nacida en las lejanas estepas rusas, arriba al mismo lugar luego de largo y fatigoso viaje. Se aloja en un edificio, justo en el departamento colindante al que ocupaba don Alejandro. Así se llamaba el padre del Dr. Peña. Inicialmente, Alejandro saluda a la doncella a prudente distancia señorial, tal como corresponde a su status profesional, aunque sus deseos gradualmente menos inconscientes ya lo torturaban. El dilema para Alejandro, según las reglas de la época, era cómo transmitirle intenciones puras y serias a la dama, si él no hablaba ruso ni ella español. Acicateado por tal adversidad, decide poner en práctica las enseñanzas de Tristán Bernard, (Seudónimo del dramaturgo y novelista francés, Paul Tristan, 1866-1947) quien afirmaba que: “el primer beso no se da con la boca sino con la mirada”). Don Alejandro, que ya para entonces tenía claro adónde apuntaba su inconsciente, se apoyó en su adiestramiento profesional para alcanzar sus objetivos. “¡Si no puedo abordarla en vigilia, deberé hacerlo entre sueños!”, se dijo a sí mismo. Convenció a la empleada de servicio para que, mientras la doncella durmiera, rodeara el lecho de flores, de modo tal que, al despertar, encontrara a su alrededor un hermoso jardín. Así sucedió. Al llegar el alba, Nena (así se llamaba la madre) no sólo se sintió sorprendida, ya que, atizada su femenina curiosidad, también se puso ansiosa por conocer la identidad del afanoso galán cuya firma, de clara caligrafía, aparecía en elegante tarjeta.

Años después, en incipiente autoanálisis generado por la lectura de las obras de Freud halladas en el despacho de su padre, el Dr Peña intenta comprobar los vericuetos inconscientes de una fantasía que lo persigue: “corroborar si sus padres lo habían engendrado en la hermosa huerta de la casa familiar”. Ansioso, pero prudente, plantea la difícil pregunta a su madre. Ésta lo mira directamente a los ojos y, con amable seriedad no exenta de maternal regocijo, le responde: “Eso, Saúl, pertenece a mi intimidad”. Y ahí quedaron frustrados los ímpetus de la precoz autoindagación psicoanalítica.

Con lo expuesto, y las previas discusiones que imagino habrán tenido sus genes rusos y peruanos

para consensuar el ordenamiento de su genoma, se desarrolló el Dr. Peña como persona, para enfrentar los múltiples y variados conflictos que, como líder, encontraría en su futura vida profesional.

Transcurrida su primera infancia en la sierra jaujina del país, viaja a Lima a continuar sus estudios escolares. Ingresa al colegio de la Recoleta, al cual se adapta fácilmente. Su rendimiento académico y conductual resultan óptimos. Y en reconocimiento a tal comportamiento, recibe el honor de ser elegido y luego re-elegido, presidente de la Asociación del Niño Jesús de Praga (prestigiada institución católica muy vinculada al colegio). Ante tantas virtudes académicas, así como por su bonhomía, el Padre Gustavo Avespellier le propone ingresar al Seminario a seguir la carrera sacerdotal. Tan preciada invitación produce en el Dr. Peña un serio problema, pues ya para entonces su vocación de servicio lo orientaba a otras esferas profesionales. Consciente de que su respuesta debía ser, al mismo tiempo que respetuosa, suficientemente convincente como para poner punto final al empeño del director, sin herir sus buenas intenciones, reflexiona y le contesta: "Padre, -le dice-me encantaría, pero tendría un gran problema: ¿qué me hago con las monjitas?".

Ingresa a San Marcos en 1950 y, al año siguiente, habiendo ya escuchado sobre la obra de Carlos Alberto Seguin, maestro de la psiquiatría peruana, lo aborda y le comunica su vocación psiquiátrica. Seguin lo invita a sus reuniones sabatinas, en el entonces Hospital Obrero de Lima, en las que el maestro, adelantándose a la psiquiatría mundial, se reunía con la comunidad y disertaba en forma sencilla, pero brillante, sobre la teoría psicoanalítica.

Desde entonces, el Dr. Peña se formará bajo su tutela en el Servicio de Psiquiatría de dicho hospital, donde trabaja durante varios años. Concluido ese periplo y bien premunido de las bases psiquiátricas, viaja a Londres en 1963, no sin antes participar en la docencia universitaria como coordinador del Dpto. de Ciencias Psicológicas de la Facultad de Medicina de la UNMSM, luego de la crisis institucional causada por la renuncia de un grupo importante de profesores, el cual habría

de fundar posteriormente la Universidad Peruana Cayetano Heredia.

En todo su periodo formativo, el Dr. Peña considera que su formación profesional fue cincelada por Carlos A. Seguin, Paula Hyman su analista. (5 v. por semana durante 6 años), Donald Winnicott (supervisor), Marion Wilner (psicoanalista), Charles Rycroft (Scholar), Masud Kahn y Margaret Little. En el aspecto humanista, siempre se apoyó en las enseñanzas de José Carlos Mariátegui, Jorge Basadre, Raúl Porras Barrenechea, César Vallejo, Luis Jaime Cisneros, Gustavo Gutiérrez y Leopoldo Chiappo.

Se agrega a ello, en la formación de su carácter, el impacto que le causara su vinculación con el Perú profundo, tanto por la observación vivificante de los paisajes naturales jaujinos y huancaínos, ambiente que disfrutara hasta los 8 años, como por la influencia de figuras intelectuales señeras, entre ellas José María Arguedas y Manuel Scorza. Sin embargo, la toma de conciencia de su mestizaje peruano de todas las sangres, sólo se le hizo agudamente presente cuando, en Londres, Rycroft, su supervisor, le pregunta "¿Y, en buenas cuentas, Dr. Peña, ¿Ud. qué es: indio, judío, peruano o qué?" A lo, cual le responde con la dignidad que le enseñara su madre: "Yo integro todo, doctor", saboreando íntimamente el convencimiento de su mestizaje múltiple, de no ser sólo indio, español, peruano y ruso, sino **ciudadano del mundo**, pues su larga estadía en Londres termina por agregarle una pincelada londinense a su personalidad.

En relación a sus logros académicos, la productividad científica que el Dr. Peña registra en su *Curriculum Vitae* plantea el difícil reto de resumirla en pocas páginas.

Baste señalar, por el momento, que es miembro fundador del Royal College of Psychoanalysis, presidente honorario de la Sociedad Peruana de Psicoanálisis, past presidente de la Federación Psicoanalítica de América Latina, profesor honorario de la Universidad Nacional Mayor de San Marcos. Detenta la Medalla y Diploma de Honor al Mérito Extraordinario del Colegio Médico del Perú y de la Asociación Psiquiátrica Peruana. Ha publicado 500 artículos y 3 libros, entre

los que destaca el que lleva como título “Psicoanálisis de la corrupción”. Pertenece a diversas instituciones médicas, psicoanalíticas y culturales.

Para quienes se interesen en precisar en mayor detalle su producción, me place informarles que, a fines del presente año, publicará sus *Collected Papers*.

Más aún, el país y la comunidad científica le reconocen su esforzado rol de pionero en implantar la práctica profesional del psicoanálisis en el Perú. A su retorno de Inglaterra, en soledad y durante 3 años, hubo de trabajar arduamente dando seminarios técnicos y clínicos y psicoanalizando a postulantes y pacientes privados en sesiones individuales y de grupo, hasta que con el retorno al país de dos sendos refuerzos, formados también en Londres, los psicoanalistas Carlos Crisanto y Max Hernández forman el Centro Para el Desarrollo del Psicoanálisis, institución semillera donde ha nacido buena parte de los psicoanalistas peruanos.

Es evidente que para realizar esta tarea se requiere de un eficiente liderazgo.

En tiempos bíblicos, esta palabra “liderazgo”, que en griego se traduce como igesía (ηγεσία) y archigía (αρχηγία), vinculaba estrechamente el concepto a la manera de ser, al carácter natural del propio líder, a su capacidad para comprender la voluntad de Dios, y a su determinación para obedecerlo y llevar a cabo el mandato divino.

Concluyo, por ello, que tales logros no habrían podido obtenerse si el Dr. Peña no tuviera las características que Sandra Estrada Mejía, en su estudio sobre “Liderazgo a través de la historia” denomina capacidades fundamentales que tipifican al buen líder: 1º) Sostener el equilibrio narcisista-objetal, 2º) Representar y facilitar la representación en grupos o equipos, 3º) Soportar la ausencia de información pertinente, sin llenar el vacío con representaciones hipotéticas, 4º) Disponer de un buen juicio de realidad, 5º) Hacer cambios y duelos, 6º) Disponer de experiencia y solidez y 7º). Poseer integridad. A lo cual yo agregaría tener pasión por alcanzar su objetivo.

Señor presidente, he cumplido con la tarea encomendada y en el tiempo exigido. Creo que, por lo expuesto, el Académico Asociado Vitalicio, Dr. Saúl Peña Kolenkautsky, no sólo merece su incorporación como miembro honorario a la Academia Nacional de Medicina sino nuestro agradecimiento institucional por los servicios brindados al país en el área de la salud mental, en el campo específico de la investigación, docencia, supervisión y práctica profesional, individual y grupal del psicoanálisis. Felicito por ello a la Junta Directiva por el acierto de su elección.